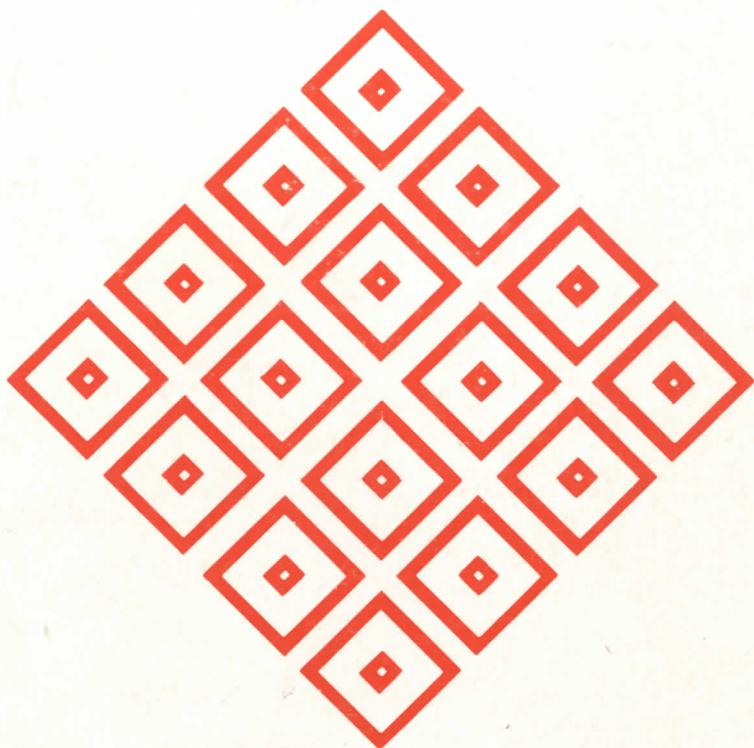


22



**LATINO
AMÉRICA** ANUARIO
ESTUDIOS LATINOAMERICANOS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECTORIO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Director

Juliana González Valenzuela

Secretario General

Gloria Villegas

Coordinador del Colegio de Estudios Latinoamericanos

Gustavo Vargas Martínez

Asesor de Estudios de Posgrado

Enrique Camacho Navarro

CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Director

Leopoldo Zea

Secretario Académico

Adalberto Santana Hernández

Consejo Editorial

María Elena Rodríguez Ozán

María Teresa Bosque Lastra

Cuidaron esta edición:

Salvador Méndez Reyes

Ma. Angélica Orozco H.

Carlos Valdés Ortiz

Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.

LATINO AMÉRICA ANUARIO ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

NÚMERO 22

AÑO 1989



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 1991

SUMARIO

PRESENTACIÓN	7
--------------------	---

ARTÍCULOS

Mesa 1 PROBLEMAS DE EDUCACIÓN Y TEORÍA DE LA HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

<i>Vargas Martínez, Gustavo</i> , Reinterpretación cartográfica del descubrimiento de América en el siglo XV ...	9
---	---

<i>Miranda Pacheco, Mario</i> , La conceptualización de la historia	15
--	----

<i>Magallón Anaya, Mario</i> , Educación y poder	25
--	----

<i>Matesanz, José Antonio</i> , José Martí en México	35
--	----

Relatoría de la mesa 1	43
------------------------------	----

Mesa 2 CULTURA Y LITERATURA EN LATINOAMÉRICA

<i>Vences Vidal, Magdalena</i> , Extensión y suntuosidad de las construcciones dominicas a la luz de dos documentos inéditos del siglo XVI	49
--	----

<i>Díaz Ruiz, Ignacio</i> , Ambigüedad narrativa en Asturias ..	59
---	----

<i>Cupeles, Juan David</i> , La Academia de San Carlos y su influencia artística en Puerto Rico (1930-1960) ..	67
---	----

Mesa 3 CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE

Gargallo, Francesca, La situación de las mujeres en El Salvador 79

Lizcano Fernández, Francisco, Cambios en la estructura social de Nicaragua entre 1950 y 1979..... 85

Santana, Adalberto, Política y narcotráfico en Centroamérica 97

Wingartz P., Óscar, Educación y Revolución en Nicaragua 111

Relatoría de la mesa 3 117

Mesa 4 SUDAMÉRICA

García Moisés, Enrique, La política económica argentina actual (1988-1989) 121

Trejo Barajas, Dení, El liberalismo brasileño en la primera mitad del siglo 129

Mendoza Hernández, Susana, Modernidad y dependencia: las fuerzas armadas peruanas durante el periodo de 1968 a 1975 139

Paredes, Alberto, Argentina 78 a los ojos de Julio Cortázar 153

Relatoría de la mesa 4 159

Mesa 5 FASCISMO EN AMÉRICA LATINA

Kloyber, Christian, El movimiento antifascista de intelectuales de habla alemana en América Latina (1934-1945) 163

Pérez Montfort, Ricardo, La falange española en México (1937-1942)..... 171

Radkau, Verena, El Tercer Reich en América Latina ... 183

Mentz, Brígida von, Los nacionalsocialistas en México 193

Mesa 6 MÉXICO

López Portillo, Felicitas, El discurso anticomunista de la burguesía mexicana durante el alemanismo 205

Suárez Díez, Lourdes, El material de concha en el mundo mexicana 221

Muriel de la Torre, Guadalupe, Introducción a la bibliografía de Hispanoamérica colonial 243

Ibarra, Ana Carolina, Problemas que plantea el estudio de la participación popular en los movimientos de independencia 249

Sauter de Maihold, Rosa Ma., México a través del realismo simbólico de Carlos Fuentes 259

Relatoría de la mesa 6 285

Mesa 7 RELACIONES AMÉRICA LATINA-ESTADOS UNIDOS

López Marroquín, Rubén, Mitos y realidades en las relaciones América Latina-Estados Unidos 289

Relatoría de la mesa 7 303

CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA SOCIAL DE NICARAGUA ENTRE 1950 Y 1979

FRANCISCO LIZCANO FERNÁNDEZ

Durante 42 años, la sociedad nicaragüense padeció los rigores de una férrea dictadura, instaurada por Anastasio Somoza García en 1937 y perpetuada, a partir de la muerte de éste en 1956, por sus hijos Luis y Anastasio Somoza Debayle. El total dominio que los Somoza ejercieron sobre el Estado, así como su común y desmedido afán de riqueza, convierte en inútil la búsqueda, a lo largo de toda la historia de Nicaragua, de un caso parecido de concentración del poder. Además, reprimieron sistemáticamente a las personas u organizaciones que se opusieron a sus designios, cambiaron y violaron impunemente las leyes de acuerdo con sus intereses personales y convirtieron los procesos electorales en farsas alejadas de toda regla democrática.

Pero si bien esta situación política se mantuvo durante esas cuatro largas décadas sin sufrir alteraciones sustanciales, la economía nicaragüense atravesó a lo largo de este período por dos etapas claramente diferenciadas. Hasta 1950, se mantuvo el estancamiento que comenzara a raíz de la crisis internacional de 1929. Sin embargo, desde aquella fecha y hasta el final de la dictadura somocista, la evolución de la economía nicaragüense se caracterizó por un notable crecimiento que, pese a sus limitaciones, no puede ser desdeñado: fue el más intenso y duradero de toda la historia de Nicaragua, el que afectó más profundamente a los diversos sectores de la economía y el que tuvo repercusiones demográficas y espaciales más evidentes.

Aunque sea brevemente, es necesario referirse a la magnitud y las principales manifestaciones de dicho desarrollo económico, para comprender lo que a continuación se dirá acerca de las transformaciones en la estructura social. El producto interno bruto por habitante, que en 1950 apenas alcanzaba los 223 dó-

lares, ascendía a 409 en 1978, a pesar del veloz crecimiento demográfico. El significativo progreso que ponen de manifiesto estos simples datos dependió principalmente de la evolución del aparato productivo y exportador agropecuario; éste, además de determinar el incremento del producto interno del sector primario y la expansión del sector externo, permitió la acumulación de capital necesaria para emprender el desarrollo industrial. El producto interno bruto agropecuario se triplicó con holgura entre las fechas indicadas, debido tanto al comportamiento del que fuera tradicionalmente el principal cultivo de exportación —el café— como a la introducción o consolidación de otros tres productos: el algodón desde 1950 y, algunos años más tarde, el azúcar y la carne. Al mismo tiempo, el espacio agroeconómico se triplicaba y sobre él se aplicaba una creciente tecnificación, como lo demuestra el uso progresivo de fertilizantes y tractores agrícolas.

El valor de las exportaciones pudo pasar así de 34 millones de dólares en 1950 a 449 en 1977. Pero no fue la producción agropecuaria la única responsable de este notable aumento. A raíz de la creación del mercado común centroamericano, el valor de las exportaciones se benefició también de la progresiva participación de bienes manufacturados, con destino tanto al mercado regional como al extrarregional. Por su parte, la producción industrial se expandió a un ritmo todavía mayor que la agropecuaria, logrando que la participación del sector secundario en el producto interno bruto creciera del 12.1 al 27.1% entre 1950 y 1978. También en este aspecto el incremento cuantitativo se vio acompañado de cambios estructurales: se crearon numerosas industrias modernas, la importancia relativa del estrato fabril creció a expensas del artesanal y la producción de bienes intermedios metálicos y no metálicos aumentó a un ritmo superior al de bienes de consumo no duraderos.

Si ha sido posible ofrecer en tan pocos párrafos una visión panorámica de la evolución económica de 30 años de la historia nicaragüense, se debe a que este tema ya ha sido analizado anteriormente con detalle y rigor. Sin embargo, las transformaciones sociales que tuvieron lugar en esos mismos años y en íntima vinculación con los cambios económicos señalados no han merecido hasta la fecha una atención similar, pese a que su análisis resulta insoslayable para comprender cabalmente

tanto la historia de este país durante tal período como los procesos y acontecimientos más recientes. El objetivo principal de este texto es contribuir a esclarecer en qué consistieron tales transformaciones sociales. Para cumplir con tal propósito se analizan, con respecto a cada uno de los grupos en que se ha dividido la sociedad nicaragüense, los cambios operados tanto a nivel cuantitativo y ocupacional, como en relación con los ingresos y el acceso a los servicios básicos.

Mediante tales análisis se pretende contestar a las siguientes preguntas: ¿qué cambios cuantitativos y cualitativos afectaron la estructura social nicaragüense?, ¿en qué medida repercutieron en cada grupo social?, ¿qué sentido tuvo la movilidad social que se produjo?, ¿cómo se distribuyeron los beneficios del crecimiento económico?, ¿qué obtuvieron de este crecimiento las grandes mayorías de la población?

Y ahora pasemos, sin más preámbulos, a presentar a los protagonistas de este texto. Considerando que los grupos sociales, en función de su residencia en áreas rurales o en localidades urbanas, presentaban grandes diferencias entre sí, se ha optado por analizarlos de manera independiente.

A la sociedad urbana se la separó en cuatro grupos, algunos de los cuales se subdividirán más adelante en estratos: la *burguesía*, propietaria de las mayores empresas industriales, comerciales y financieras; la *pequeña burguesía*, compuesta por los dueños de las empresas medianas y por los profesionales independientes; los *asalariados*, incorporados a un mercado de trabajo moderno, y el *sector informal urbano*, integrado por personas ocupadas en unidades pequeñas —microempresas y trabajadores independientes—, con técnicas tradicionales y baja productividad, como las dedicadas a la producción manufacturera tradicional, a la venta ambulante, a la reparación de bienes diversos, a cuidar y lavar automóviles, al servicio doméstico, etcétera.

Por su parte, la sociedad rural ha sido dividida en cinco grupos: el de los *trabajadores sin tierra*, integrado mayoritariamente por jornaleros —cuyas posibilidades de trabajo más o menos seguro y relativamente bien remunerado no se extendían más allá de cuatro meses al año—, así como por una pequeña porción de trabajadores asalariados permanentes; el de los *campesinos pobres*, quienes, por disponer de una extensión de tierra insuficiente para ocupar permanentemente a la mano de obra fami-

liar, debían recurrir al trabajo asalariado en fincas ajenas para poder subsistir; el de los *pequeños campesinos*, propietarios de fincas que les permitían ocuparse productivamente durante todo el año, pero que sólo generaban los recursos necesarios para cubrir las necesidades familiares más indispensables; el de los *campesinos medios*, que contrataban mano de obra y vendían una parte sustancial de su producción; y el de los *latifundistas*, que se distinguían de los anteriores por ser propietarios de fincas más extensas.

De todos estos grupos sociales, el que mostró una expansión más notable fue el sector informal urbano, al representar, de 11.7% de la PEA nacional en 1950, casi 30% de ésta en 1980. De esta manera, se convirtió, al final del período, en el grupo más numeroso de la sociedad nicaragüense. No todos los estratos en los que se ha subdividido a este heterogéneo grupo social evolucionaron de la misma manera. Los artesanos vieron disminuir su importancia relativa en favor de los trabajadores ocupados en el comercio y los servicios. En concreto, los obreros empleados en actividades comerciales engloban 46.6% del SIU del área metropolitana en 1982.

Esta expansión del SIU significó una manifestación de movilidad social ascendente, pues no fue producto de la declinación de grupos de mayores ingresos que él, sino de la evolución de los más desfavorecidos de la sociedad nicaragüense: los campesinos pobres y los trabajadores sin tierra. Frente a éstos, la situación de los integrantes del SIU era positiva, tanto en los aspectos económicos como en los sociales. Con respecto a los primeros, los ingresos anuales obtenidos por los integrantes de este grupo eran superiores a los de los trabajadores rurales en general, incluso más elevados que los de los pequeños campesinos. Aun tomando en consideración los efectos de la desocupación abierta, mucho mayor en las zonas urbanas, el muy superior nivel de los salarios percibidos en las ciudades determinaba la diferencia anotada. El trabajo eventual en las urbes se complementaba mejor a lo largo del año, al ofrecer posibilidades más numerosas y diversas. El integrante del SIU podía, entre otros recursos, incorporarse al trabajo agrícola, cuando éste mostraba mayor demanda, y desarrollar labores distintas en la ciudad en otros momentos del año. Por el contrario, el trabajador sin tierra debía adaptarse a las restringidas posibilidades

que le ofrecía el ciclo agrícola. Con respecto a los servicios sociales, los integrantes del SIU, en tanto que habitantes urbanos, se beneficiaron de las ventajas relativas que, frente al campo, brindaba la ciudad, en los aspectos relacionados con salud, educación, vivienda y diversión.

Sin embargo, pretender una interpretación del intenso dinamismo demográfico del SIU como una clara muestra de movilidad social ascendente no significa suponer que la situación de sus integrantes pueda ser valorada positivamente. Por el contrario, este sector estuvo inmerso, durante todo el período, en una situación muy poco halagüeña. La enorme incidencia del desempleo y del subempleo en el SIU determinaba en buena medida su bajo nivel de ingresos promedio, reflejado a su vez en los altos índices de pobreza y extrema pobreza que padecía. Asimismo, la subutilización de la mano de obra informal estaba vinculada con su relativamente reducido acceso a los servicios educativos; esto hace suponer que el todavía considerable porcentaje de población urbana analfabeta existente al final del período procediera de él.

Estos hechos demuestran que la situación prevaleciente en el SIU fue siempre considerablemente peor que la del grupo de asalariados. Nunca permitió solucionar a la mayoría de sus componentes ni siquiera sus necesidades alimentarias básicas. Pero no se debe deducir de esto que tal situación no haya mejorado a lo largo del período estudiado. No se tienen datos específicos acerca de esta evolución pero, si se admite que el nivel general del empleo urbano, y por tanto el de los ingresos de los trabajadores de las ciudades, se desenvuelve de acuerdo con el comportamiento de los salarios, debería suponerse que, según la evolución de los salarios analizada más adelante, los ingresos de este grupo eran más elevados al final del período que en sus comienzos.

Por su parte, el grupo de los asalariados se expandió también a un ritmo considerable, aunque bastante menor que el del SIU. En 1950, no alcanzaba a representar 15% de la PEA nacional, mientras que para 1980 conformaba 25% de ella. El dinamismo mostrado por este sector es una muestra, todavía más elocuente que la ofrecida por el comportamiento del SIU, de la transferencia de mano de obra desde grupos de escasa productividad y remuneraciones bajas hacia otros grupos con condicio-

nes superiores. Durante todo el período, los ingresos percibidos por los integrantes del grupo de asalariados fueron bastante más elevados que los obtenidos por los otros grupos sociales numéricamente significativos. A comienzos de los años 70, duplicaban, en concreto, los percibidos por el común del SIU. Además, los asalariados aventajaban a los trabajadores informales y, en mucha mayor proporción, a los trabajadores sin tierra, campesinos pobres y pequeños campesinos, por su mayor acceso a los servicios sociales, de cuyas ampliaciones fueron los principales beneficiarios.

Dentro del grupo de asalariados, el comportamiento más dinámico correspondió a los empleados públicos, los cuales, al multiplicar su número por seis, pasaron de 2.8% de la PEA nacional a 7.2% de la misma. Pero los cambios operados en ese estrato no se redujeron a su vertiente cuantitativa. El Estado tuvo que contratar a una fuerza de trabajo progresivamente más especializada, en la medida en que afianzaba su papel como promotor del desarrollo económico y social, incrementaba su capacidad de diseñar, controlar y ejecutar proyectos de inversión, y expandía y diversificaba su propio aparato institucional. Parece que el estrato de los obreros ocupados en el sector secundario incrementó su importancia relativa en menor proporción que la del conjunto de los asalariados. Sin embargo, los escasos cambios cuantitativos operados en este caso ocultan una transformación cualitativa importante, pues, al mismo tiempo que nacían fábricas modernas y con mayor número de trabajadores, aparecía un estrato de obreros fabriles apenas existente con anterioridad. Acerca de la evolución de los empleados de las empresas privadas comerciales y de servicios, no se tienen datos pero, a la luz del comportamiento de los dos estratos anteriores, se podría presumir que tuvo un desarrollo intermedio. Al final del período, estos empleados eran más numerosos que los trabajadores pertenecientes a aquellos dos estratos.

No existen series estadísticas acerca de la evolución de los salarios reales —principal indicador para conocer los ingresos del grupo de asalariados— que abarquen la totalidad del período estudiado. Sin embargo, las fragmentarias cifras disponibles permiten afirmar que, al final de dicho lapso, tales salarios eran superiores a los percibidos en 1950, a pesar de su fuerte disminución desde 1973. Como consecuencia de este incremento, se

modificó favorablemente la participación de este grupo en la riqueza social, cuestión que no se puede afirmar con respecto a ninguno de los otros grupos mayoritarios del país. En resumen: la expansión del grupo de los asalariados significó que una proporción creciente de nicaragüenses pudo disfrutar de ocupaciones más o menos estables y de ingresos relativamente elevados aunque, aun en este caso, la incidencia de la extrema pobreza al final del período era considerable.

Aunque la importancia numérica de la pequeña burguesía era, lógicamente, reducida, el hecho de que fuera sólo cinco veces menor que el grupo de los asalariados al final del período indicaría que también aumentó su importancia relativa con respecto a la PEA nacional. Este incremento fue, quizás, resultado tanto del crecimiento económico de los sectores secundario y terciario como del auge de los estudios superiores durante los años sesenta y setenta. El ensanchamiento de este grupo también demostraría la existencia de la movilidad social en el sentido ya señalado.

En el caso de la burguesía, además de resultar imposible, dada la información obtenida, el análisis de los cambios cuantitativos pierde significación, pues este grupo social siempre representa (se sobreentiende que en las sociedades capitalistas) una porción minúscula de la población. Sin embargo, el examen de su relación con la cambiante estructura económica y con los beneficios que deparó su crecimiento permite detectar las transformaciones sufridas por este privilegiado grupo social. En este sentido, puede afirmarse que, durante el período estudiado y en íntima vinculación con la oligarquía económica preexistente, surgió una nueva burguesía, la cual desempeñó, junto con el capital transnacional y el sector público, un papel fundamental en la expansión de la producción agropecuaria, de la agroindustria y de la producción de bienes intermedios, así como en la modernización del comercio y del sistema financiero. Pero, al mismo tiempo, este grupo burgués, la familia Somoza y sus allegados, y los socios extranjeros, serían quienes acapararían los mayores beneficios derivados del crecimiento económico, determinando así que, durante el período estudiado, se agudizaran las diferencias sociales. A estos grupos les cupo la responsabilidad de que tal crecimiento no fuera más intenso, mejor organizado de acuerdo con los intereses nacionales y más ven-

tajoso para las grandes mayorías de la población.

Con respecto a la sociedad rural, cabe señalar en principio que sus tres grupos de menores recursos —los trabajadores sin tierra, los campesinos pobres y los pequeños campesinos— tuvieron durante todo el período niveles de ingresos mucho menores que los del SIU, el grupo urbano más desprotegido. Esto determinó que en su inmensa mayoría padecieran situaciones de pobreza y extra pobreza. Asimismo, su acceso a los servicios sociales fue siempre mucho más reducido que el del SIU. Baste recordar, en este sentido, que en 1970 casi 70% de la población rural era analfabeta. Por tanto, la disminución de sus respectivas importancias relativas puede considerarse expresión del proceso de movilidad social ascendente ya señalado. Este hecho se torna todavía más evidente al constatar que fue entre los grupos sociales rurales con posibilidades más escasas donde la disminución relativa se hizo más notoria.

En efecto, fue entre los trabajadores sin tierra, que constituyeran durante todo el período el grupo de menores ingresos de la sociedad, donde se dio una disminución más acentuada de su importancia relativa, al pasar de alrededor de 27% de la PEA nacional en 1950, a sobrepasar apenas 10% de ella en 1980. Pero incluso para este grupo la situación económica mejoró. Sus ingresos anuales se vieron favorecidos a lo largo de estos años al incrementarse la demanda de trabajo como consecuencia de la expansión de los cultivos de exportación; tal incremento significó ligeros aumentos en sus salarios reales, pero sobre todo la posibilidad de trabajar un mayor número de días al año, aumentando así sus ingresos anuales. Al final del período, la escasez de mano de obra rural nicaragüense —síntoma de los flujos migratorios internos— propiciaba la incorporación de fuertes contingentes de trabajadores salvadoreños y hondureños para hacer frente a las cosechas de los cultivos de exportación.

El grupo de los campesinos pobres se redujo de una manera mucho menos drástica que el de los trabajadores sin tierra, aunque también evolucionó a un ritmo inferior al de la PEA agropecuaria. En 1980 representaba alrededor del 16% de la PEA nacional. Por otra parte, su precario nivel de ingresos, sólo ligeramente superior al de los trabajadores sin tierra, se elevó también en alguna medida al ampliarse la demanda de trabajo rural asalariado.

Por el contrario, la importancia relativa de los pequeños campesinos no se redujo. Esto significa que no tuvo lugar durante el período estudiado un proceso de concentración de la tierra, si por ello se entiende la expropiación y proletarización de los pequeños y medianos campesinos. El nivel de ingresos de este grupo se benefició de la ampliación del mercado interno de granos básicos, así como, en cierta medida, de la expansión de los cultivos de exportación, aunque sus escasos recursos y el discriminatorio sistema crediticio imperante le impidieron alcanzar una participación relativa mínimamente relevante en este último sentido. Los pequeños campesinos representaban al final del período aproximadamente 14% de la PEA nacional.

Los latifundistas y los campesinos medianos fueron los grupos rurales que acapararon la parte sustancial de la riqueza derivada de la expansión del sector primario. Estos dos reducidos grupos, que en su conjunto apenas representaban 4% de la PEA nacional en 1980, concentraban más de 80% de la producción agropecuaria para la exportación. Sus mayores posibilidades de acumulación de capital, pero también las ventajas que obtenían del injusto sistema crediticio aludido les permitieron, además, incrementar los niveles de productividad y tecnificación de sus fincas a un ritmo incomparablemente superior al de los pequeños campesinos. Sin embargo, no fueron estos latifundistas y campesinos medianos quienes obtuvieron los beneficios más jugosos de la expansión agropecuaria, pues la comercialización de los productos resultantes estuvo bajo el control de la burguesía urbana y del capital transnacional.

De lo dicho hasta aquí se desprenden tres conclusiones principales, que intentan contestar a los interrogantes planteados inicialmente, con respecto a la evolución social en Nicaragua entre 1950 y 1979:

1. Se produjeron notables transformaciones cuantitativas y cualitativas en la estructura social, resultando de ellas una sociedad más compleja y diversificada.
2. Hubo un proceso de movilidad social ascendente, es decir, los grupos de menores ingresos redujeron su importancia relativa frente a otros, caracterizados por un nivel de vida más elevado.
3. El nivel de vida del conjunto de la sociedad ascendió, debido tanto a la movilidad social mencionada como a la evolu-

ción positiva, entre los años extremos del período, de los ingresos de cada uno de los grupos sociales.

A lo largo de estas páginas, creemos haber cumplido con el propósito principal que nos guiara en la elaboración de este texto: contribuir a una mejor comprensión de los cambios operados en la sociedad nicaragüense entre 1950 y 1979. Sin embargo, no quisiéramos terminar esta ponencia sin antes decir algunas palabras acerca de la significación y alcances que se otorgan a las conclusiones mencionadas.

Primero: la veracidad de tales tesis no se contradice, según ha quedado anotado, con el hecho de que la distribución de los beneficios del crecimiento económico fuera desigual e, incluso, agudizara las diferencias sociales preexistentes; tampoco se contradicen con la valoración de los beneficios obtenidos por los grupos mayoritarios como sumamente escasos pues, como ya se señaló también, no fueron suficientes para satisfacer las necesidades básicas de sus integrantes.

Segundo: aunque parcos, los mencionados incrementos en los niveles de vida de los segmentos mayoritarios de la población no pueden ser minusvalorados pues, al menos desde la independencia, los períodos de crecimiento económico nunca habían deparado la más mínima ventaja a estos grupos. Para confirmar esta aseveración, baste recordar que, durante las últimas décadas del pasado siglo y la primera del actual, la expansión del cultivo cafetalero y el desarrollo de la infraestructura vial tuvieron efectos claramente negativos para los por aquel entonces sectores mayoritarios de la sociedad nicaragüense.

Tercero: no se nos oculta que admitir como ciertas dichas tesis obliga a replantearse algunos de los principales temas políticos relacionados con el estado dictatorial somocista y con la revolución nicaragüense. Pero esto será motivo de próximos trabajos. Por ahora, muchas gracias por su atención.

BIBLIOGRAFÍA

Baumeister, Eduardo, "Estructuras productivas y reforma agraria en Nicaragua", en *Investigación económica* 173, México, julio-septiembre de 1985, p. 245-277.

Belli, Pedro, "Prolegómeno para una historia económica de Nicaragua, 1905-1966", en *Revista del pensamiento centroamericano* 146,

Managua, enero-marzo de 1975, p. 2-30.

CEPAL, *Análisis y proyecciones del desarrollo económico. IX. El desarrollo económico de Nicaragua*, Nueva York, Naciones Unidas, 1966, p. 220.

CEPAL, *Centroamérica: evolución económica desde la posguerra*, México, CEPAL, enero de 1980, p. 118.

CEPAL, *Notas sobre la evolución del desarrollo social del istmo centroamericano hasta 1980*, México, CEPAL, septiembre de 1982, p. 38.

_____, *Características principales del proceso y de la política de la industrialización de Centroamérica, de 1960 a 1980*, México, noviembre de 1982, p. 212.

_____, *Satisfacción de las necesidades básicas de la población del istmo centroamericano*, México, CEPAL, noviembre de 1983, p. 86.

_____, *Centroamérica: crisis agrícola y perspectiva de un nuevo dinamismo*, México, CEPAL, febrero de 1986, p. 118.

_____, FAO, OIT, *Tenencia de la tierra y desarrollo rural en Centroamérica*, San José, EDUCA, 1976, p. 199.

Ciera, *Managua es Nicaragua. El impacto de la capital en el sistema alimentario nacional* (mimeo), Managua, CIERA, 1984, p. 217.

Linares, Julio, "El desarrollo del capitalismo y la moderna tecnocracia nicaragüense", en *Revista conservadora del pensamiento centroamericano* 97, Managua, octubre de 1968, p. 24-29.

Mayorga, Salvador, "La experiencia agraria en la revolución nicaragüense", en *Reforma agraria y revolución popular en América Latina*, tomo II, Managua, CIERA, 1982, p. 91-117.

MIDINRA, *Estadísticas reconstituidas sobre escalas de tenencia de la tierra en Nicaragua, 1952-1978*, (mimeo), Managua, MIDINRA, agosto de 1983.

CEDEC, *Análisis demográfico de Nicaragua. Parte I. Aspectos de la dinámica de población relacionados con su dimensión económico-social*, Managua, OEDEC, Boletín demográfico 4, agosto de 1978.

"La economía mixta en la tierra de Sandino", en *Pensamiento propio* 3, Managua, julio-agosto de 1983, p. 23-27.

PREALC, *Situación y perspectivas del empleo en Nicaragua*, Santiago, PREALC, 1973, 2. t.

_____, *Mercado de trabajo en cifras. 1950-1980*, Santiago, PREALC, 1982, p. 180.

_____, *Cambio y polarización ocupacional en Centroamérica*, Santiago, PREALC, 1986, p. 202.

Salazar Valiente, Mario, "Notas sobre el desarrollo económico de Nicaragua", en *Centroamérica: una historia sin retoque*, México, El Día-IIEC-UNAM, 1987, p. 209-243.

Torres, Edelberto, "Influencia de la crisis del 29 en Nicaragua", González Casanova, *América en los años treinta*, México, UNAM, 1977, p. 89-112.